

dos días le habían dejado los niños, llevados por Juan y Gertrudis, y puesto que Mr. Sarranti acababa de marchar para reunirse á ellos.

Yo estaba triste y sombrío. Tenía, no sólo luto en los vestidos, sino un duelo mortal en el corazón.

Duelo y luto á la vez por mi hermano muerto, y por cuarenta y cinco años de honor que iban á morir.

Aun cuando hubiera olvidado el camino del castillo, me hubiesen guiado los aullidos dolorosos de Brasil. Dicese que los perros ven á esa diosa invisible que se llama la Muerte, y que cuando toda la naturaleza calla á su paso, ellos sólo la saludan con sus lúgubres y proféticos aullidos.

Los gritos del perro podían hacer creer en la verdad de aquella sombría leyenda.

Así que, feliz con encontrar, aun cuando fuese en un animal, un dolor que respondiese al mío, iba hacia él, como hubiera ido hacia una criatura humana, hacia un amigo.

Pero apenas me apercibió Brasil, cuando se lanzó, no hacia mí, sino contra mí, todo lo que permitía la longitud de su cadena, con los ojos ardientes, la lengua sangrienta y los dientes hambrientos.

Temí aquella cólera sin comprenderla: no acariciaba al perro, pero tampoco le maltrataba.

Adoraba á mi hermano y á los niños; ¿por qué aquel odio contra mí? ¿Se sobrepone á veces el instinto á la inteligencia?

Volví hacia el castillo.

Allí afectó mis oídos otro rumor.

En aquella casa, de que acababa de salir un cadáver, en que el perro se lamentaba, en que el hombre apenas enjugaba sus ojos, cantaba una voz de mujer

Aquella voz era la de Ursula.

Indignado, y con intención de imponerle silencio, me acerqué al comedor, de donde parecía que salía la voz.

Á través de la puerta entreabierta vi á Úrsula preparando el desayuno en ausencia de todo el mundo, y cantando, mientras lo preparaba, en patois (dialecto) vasco esta canción de nuestro país.

Canción impía, cínica, irritante en semejante momento:

Hizose la ventura
para los dioses,
que dejan los placeres
para los hombres.

¡ Oh ! bendigamos
á los que con el cielo
son agraciados.

Consolemos con todo,
mientras se pueda,
el corazón de aquellos
que aquí se quedan:

En este mundo,
en que estamos nosotros,
de llanto y luto.

No podría deciros, padre mío, la profunda repugnancia que me inspiró la mujer que cantaba allí aquella alegre y materialista canción, allí, en una casa mortuoria.

Así que, deseando que Úrsula supiese que la había oído, la dije:

— Podéis levantar la mesa, Úrsula, yo no tengo apetito. Y subí á mi cuarto, en el que me encerré.

Calló Úrsula; pero el perro continuó gimiendo todo el día, y toda la noche siguiente.

Los aullidos no cesaron hasta el momento en que el carruaje en el que regresaban los niños, entró en el patio del castillo.

CAPÍTULO V.

ÚRSULA.

Muerto mi hermano, vine á ser el jefe de la familia, y el administrador de la fortuna de mis sobrinos.

Al principio me encontré bastante embarazado. Yo nunca había tenido más que 1.200 ó 1.500 francos de renta, provenientes de una pequeña herencia paterna, que dirigía por mí mismo.

Cuando tuve que manejar sumas considerables en billetes de banco, se apoderaron de mí unos temblores desconocidos; cuando vi sacos de oro que se derramaban sobre la mesa, comprendí el vértigo.

Sólo que aquellas sensaciones eran todas físicas, y nada tenían de criminal; no tenía otros deseos que los encerrados en el círculo en que de ordinario vivía.

Comenzó Mr. Sarranti la educación de los niños, dióme algunos consejos para el empleo y colocación de las rentas, y transcurrieron los primeros días en una completa tranquilidad.

Las dos únicas mujeres que había en la casa, eran Gertrudis y Ursula; Gertrudis, que después de haber sido nodriza de mi cuñada, á los veinte años, y de haberla visto morir entre sus brazos, había venido á ser aya de sus hijos á los cuarenta y cinco; Ursula, que como se ha á visto, se había empadronado en la casa, condecorándose con el título de ama de llaves.

Se ha visto el efecto de repulsión que aquella mujer había comenzado á producir en mí. ¿Por qué? Aparte de aquella canción que le había oído cantar el día del entierro de mi hermano, no hubiera sabido decirlo.

No era que hubiese en ella nada de repulsivo, al contrario, era bella.

Sólo que era preciso darse cuenta de ello; pero desde el momento en que uno lo hubiese notado, las miradas que al principio habían pasado sobre ella indiferentes, volvían á ella, y una vez tomada aquella fatal dirección, no había medio de poder ya dejarla.

Al principio, cuando la había visto por la primera vez, estaba vestida con un traje obscuro, que no le hacía ningún favor: sus cabellos estaban ocultos bajo una cofia de viuda; el resto de su traje era, no como el de una mujer cualquiera, sino como el de una aldeana que ha renunciado á toda idea de agradar.

Lo único que yo había notado eran dos ojos que me habían parecido bastante bellos, unos dientes que me habían parecido también bastante hermosos, y labios cuyo encarnado, vivo y sangriento casi, me habían chocado.

Pero desde la muerte de mi hermano, poco á poco, y semana por semana, había ido dando á luz, por decirlo así, una belleza; por lo pronto tenía unos magníficos cabellos, azulados de puro negros, cuya rica reserva había sacado de debajo de su cofia, y de los que se había hecho espléndidas esterillas; tenía luego un cuello dorado como la espiga por el mes de Julio, cuello que había desembarazado de una pañoleta que lo ocultaba; tenía un talle ligero y flexible como los álamos blancos de nuestras montañas, aprisionado en un traje de luto, de tafetán negro; tenía un pie español, mejor que eso, un pie vasco, que

había desembarazado de la chinela que le calzaba, aprisionándolo de nuevo, pero esta vez en un zapato de cintas flotantes; tenía una doble fila de blancos dientes, que enseñaba, aun sin sonreirse, como si los labios fueran demasiado cortos y demasiado redondos para reunirse; por último, palabras encantadoras, dichas en el chapurrado de nuestras montañas, con un melodioso acento vasco, y que me parecían cuando me dirigía la palabra, lo que por otra parte sucedía raras veces, un eco del país natal.

Todos estos cambios sucesivos se habían operado en menos de tres meses, con grande asombro de todos los comensales de la casa, que no sospechaban bajo aquella crisálida de sayal, la brillante mariposa que acababa de salir á luz.

¿ Con qué objeto, por otra parte, hacía Úrsula esos gastos de tocado ?

Era imposible decirlo, porque nunca hablaba á nadie, como las necesidades de la casa no le obligasen á ello, y se estaba en su habitación todo el tiempo que algún negocio no la llamaba á las regiones aristocráticas del castillo.

Para agradarse á sí propia, sin duda se esmeraba en su tocado.

Aquella inocente coquetería desagradaba sin duda á su antiguo amo, y poco á poco quería asegurarse si el nuevo era tan severo como el antiguo.

Su nuevo amo era yo.

Dejadme decirlos todas las sensaciones de aquella mujer á quien hubiera echado cuarenta años la primera vez que la vi, y que á medida que se iba despojando de su antiguo traje, parecía que se despojaba con él de los años; de modo que, al cabo de tres meses, apenas le hubiera echado treinta.

Este es mi única excusa al infame ascendiente que aquella abominable criatura concluyó por tomar sobre mí.

Ya os he dicho que había perdido á mi mujer muy joven, y después de bastantes tristes años de matrimonio; dotado de una constitución bastante robusta, de un temperamento de hombre meridional, mis pasiones habían podido adormecerse momentáneamente; pero por necesidad debían despertarse un día ú otro.

Muchas veces me había sorprendido el mirar al pasar aquella mujer; muchas me había asombrado de pensar en ella en su ausencia.

En cuanto á ella, parecía que no tenía para mí otras atenciones que esa respetuosa deferencia que tiene el inferior á su superior.

Habíase reservado ella el servicio de mi habitación y de la de Mr. Sarranti, cuidando de entrar en ellas con preferencia durante el desayuno ó el almuerzo, y no descubriendo su presencia más que por esas atenciones que denotan en quien las tiene, costumbres personales de la más excesiva limpieza.

Regularmente volvíamos á entrar en nuestras habitaciones á las nueve de la noche, y á las diez todo el mundo estaba dormido.

Una noche que tenía que revisar unas cuentas del banco y de la administración (era durante una noche de Diciembre de 1848) previne á Úrsula mi deseo de prolongar mi trabajo hasta bastante tarde, y la supliqué que hiciera subir una provisión de leña á mi habitación.

Llevóla ella misma al venir á hacer la cama; en seguida, depositada la leña en su sitio y hecha la cama, salió preguntándome en chapurrado:

— ¿ No tiene el señor necesidad de alguna otra cosa ?

— No, le respondí, separando de ella la vista, porque temía que mi mirada, al fijarse en ella, hiciese brotar de mi corazón un rayo de esta extraña lujuria que despertaba en mí.

Salió, tiró dulcemente de la puerta hacia sí, y la oí subir la escalera y entrar en su habitación, situada encima de la mía.

Permanecí pensativo sin fijar la atención en que el fuego poco á poco se extinguía, y sólo comencé á notar, cuando sentí que el frío me invadía lentamente.

Era inútil que pensase en trabajar aquella noche, todos mis pensamientos estaban en otra parte: quise huir en sueños de las tentaciones que venían á asaltarme. Arroqué una porción de leña en el fuego, me acosté, apagué mi luz é intenté dormir.

Y me dormí en efecto.

Una hora poco más ó menos habría transcurrido desde que había cerrado los ojos, cuando desperté sofocado por el humo; el fuego había prendido en la chimenea, á consecuencia sin duda de la demasiada leña que había echado yo en ella; el viento hacía retroceder el humo á mi habitación, y éste me abogaba.

Arrojéme del lecho abajo, y grité « fuego; » pero nadie vino.

Iba á tomar la escalera de servicio, cuando al extremo del corredor apercibí á Úrsula con los cabellos sueltos, vestida con una especie de peñador, que no era otra cosa que una larga camisa de dormir, con los pies desnudos y su palmatoria en la mano.

Estaba soberbia de aquella manera, parecía una de esas apariciones que se cuenta que existen en los viejos castillos, ó en los conventos que se arruinan.

Había en efecto en aquella mujer algo de castellana y de abadesa á la vez; pero de lo que sobre todo había más, era de demonio.

En seguida, como si la distancia que había de ella á mí hubiera debido impedirle notar el lujurioso desorden en que se encontraba, dijo:

— Habéis llamado en vuestra ayuda y he acudido: ¿ qué hay?

La miré maravillado.

— ¡ Fuego! baluceé, ¡ fuego!

— ¿ Dónde?

— En mi habitación,

— Precipitóse Úrsula en ella sin hacer caso del fuego.

— ¡ Ah! dijo, no es nada.

— ¿ Cómo que no es nada?

— No, es fuego en la chimenea, y las chimeneas son de ladrillo. ¿ Queréis ayudarme, señor, y vamos á apagarlo?

— ¿ Cómo apagarlo? ¿ Cómo? llamemos gente.

— Es inútil, dijo Úrsula, no despertéis á nadie, nosotros dos le apagaremos, y hasta me atrevo á decir que yo sola, si no queréis mezclaros en ello.

Aquella sangre fría me parecía maravillosa. Era yo, el hombre, es decir, la criatura á quien se la llama fuerte, quien tenía miedo.

Ella, la mujer, es decir, la criatura á quien se llama débil, era quien me tranquilizaba.

No llamé. En la disposición de ánimo en que me había acostado, la aparición que venía hacia mí era la que hubiese invocado.

Ella, por otra parte, había, como he dicho, entrado atrevidamente en mi habitación, había abierto la ventana

para disipar el humo, había cogido las sábanas de mi lecho, las había empapado en agua, y con aquellas sábanas mojadas, aplicadas al hogar, había cerrado herméticamente toda corriente de aire.

En seguida, tirando de la sábana hacia sí, con un movimiento regular, había producido el vacío y había hecho caer de las altas regiones de la chimenea las camas de hollín que se habían inflamado.

Media hora bastó para toda esta operación, durante la cual le ayudé, es verdad; pero más preocupado de aquellos cabellos negros, aquellos pies blancos y aquellos hombros redondos, que se transparentaban bajo el peinador, que del incendio, por otra parte completamente vencido.

No había transcurrido otra media hora, y ya estaba limpio el estrado, limpia la habitación, y hecha otra vez mi cama, y ya había desaparecido aquella mujer fantástica, que parecía un demonio dominando los elementos.

La noche que siguió á aquel acontecimiento fué una de las más crueles que pasé en mi vida.

Por otra parte, yo estaba resuelto á recompensar aquella sangre fría y aquella abnegación.

Al día siguiente, después del desayuno, á la hora que yo sabía que estaba ocupada en arreglar mi habitación, subí, y acercándome á ella, que parecía no recordar cosa alguna, le di las gracias, y le presenté una bolsa que contenía una veintena de luises.

Pero ella, recibiendo con humildad las gracias que le daba (singular contraste), rechazó con altanería la bolsa.

Insisti; pero respondió sencillamente sin afectación:

— No he hecho más que mi deber, señor.

En seguida, como pensé que tal vez la suma no era bastante fuerte para tentarla, y quería ver hasta dónde llegaba

aquel desinterés, cogí todo el oro que tenía en mi bolsillo, lo uní al que había en mi bolsa, y se la presenté de nuevo, pero sin más éxito que antes.

En seguida, como le preguntase la razón de aquella negativa, dijo:

— Hay en primer lugar una que os la he dicho ya, y es la más poderosa: no hice más que mi deber, y el que no hace más que su deber, no tiene derecho á una recompensa.

En seguida añadió sonriendo:

— Hay otra razón además.

— ¿Cuál? pregunté.

— Que relativamente, señor, soy tan rica como vos.

— ¿Cómo así?

— Mi antiguo amo me ha dejado treinta mil francos, es decir, mil quinientas libras de renta; no tengo más que volverme al valle de Savines de donde soy, y con mis mil quinientos francos viviré como una reina.

— Pero entonces, continué, ¿por qué habéis pedido tan corto salario, cuando os dije que fijaseis el precio de él?

— Por dos razones también, respondió; porque estaba ya diez años en la casa, y mi mayor deseo era no dejaros.

— Esa es la primera, le dije, ¿y la segunda?

— La segunda, dijo ruborizándose ligeramente, la segunda, porque desde la primera mirada me había sentido atraída hacia vos, y me agradaba entrar á vuestro servicio.

Volví mi bolsa á la faltriquera, avergonzado de encontrar tal elevación de sentimientos en una mujer que hasta entonces no había considerado más que como una criada.

— Úrsula, la dije, desde mañana tomaréis una mujer

para que haga aquí lo que vos habéis hecho hasta ahora, y en cuanto á vos, os contentaréis con vigilar á los criados.

— ¿Por qué privarme de un placer, señor, impidiéndome que os sirva? respondió Úrsula. ¿Es esa vuestra manera de recompensarme?

Respondió Úrsula estas pocas palabras con la mayor sencillez.

— Pues bien, sea, respondí, continuaréis sirviéndome, mi querida Úrsula, puesto que pretendéis que este servicio es un placer para vos.

Nadie amaba á Úrsula en la casa excepto yo; pero no serviréis más que á mí: Juan se ocupará de Mr. Sarranti.

— Corriente, dijo, acepto, así podré tener más cuidado de vos.

En seguida, como estuviese concluida de arreglar mi habitación, salió sencilla y dignamente sin darse por entendida, ó al menos aparentando no darse de que me dejaba maravillado con su delicadeza, como otra vez me había dejado con su belleza.

Desde aquel momento se decidió la suerte de mi vida; pertencí á aquella mujer. Ella, por su parte, viendo que en vez de continuar dándole órdenes, como se hace con una criada, la rodeaba de atenciones, como se hace con una mujer, se fué haciendo más reservada á medida que yo me hacía más respetuoso; había tenido desde que estaba en casa la conversación franca, libre y audaz, al dirigirme la palabra en chapurrado, siempre que la ocasión se presentaba. Ahora apenas me hablaba, y siempre lo hacía en tercera persona; se había hecho tímida, casi medrosa, temblaba á la primera palabra, ruborizábase el primer gesto; ¿conocía los deseos que me inspiraba, ó fingía

ignorarlos? Hubiérame sido imposible decirlo entonces. Después he conocido qué prodigiosa cómica era aquella mujer, y con cuánto arte marchaba á su objeto.

Duró la lucha cerca de tres meses.

Durante este intervalo había llegado el día de mi santo, y Gertrudis había tenido la idea de hacer de él una solemnidad. Llegada la tarde, fueron llevados al fin los niños con magníficos ramilletes, detrás de ellos Sarranti, que me tendió la mano, y Juan y el jardinero que también vinieron á hacerme sus cumplidos.

Yo abracé y besé á todo el mundo, grandes y pequeños, profesor y criados, y esto porque pensaba que Úrsula vendría á su vez, y que la abrazaría y la besaría como á los demás.

Entró la última, y lancé un grito al verla entrar.

Estaba vestida con su traje de montañesa, con el pañuelo encarnado á la cabeza, corpiño de terciopelo negro y de oro, algo de arrebatador entre la hija de Arlés y la paisana romana.

Dijome algunas palabras en la jerga provincial, para desearme largos días y el cumplimiento de todos mis votos. Yo permanecí mudo, sin saber qué responderla, y sin saber más que tenderle los brazos para abrazarla.

Pero ella ni aun me alargó las mejillas, bajó la cabeza, presentándome la frente, ruborizándose como una joven, mientras que su mano temblaba en la mía.

Nadie amaba á Úrsula en la casa excepto yo, que la deseaba tal vez más que la amaba; pero á pesar de las pocas simpatías que había hacia ella, no hubo más que un solo grito para alabar aquella opulenta belleza, á la que el traje nacional prestaba todo el encanto de la originalidad.

Me senti tan trastornado, que subí á mi habitación para que nadie echase de ver mi emoción.

Estaba allí hacia algunos instantes, sin más luz que el reflejo del fuego que ardía en el hogar, cuando reconocí los pasos de Úrsula que se acercaba á mi habitación, y, cuando se abrió la puerta, la vi aparecer en su traje seductor, iluminado por la palmatoria que tenía en la mano y la rodeaba de luz.

Yo estaba sentado en un sillón, apoyado en el brazo del asiento, anhelante y en la posición del hombre ó del animal pronto á lanzarse.

Vióme Úrsula é hizo un movimiento como si no esperase encontrarme allí; pero aquel primer movimiento, hijo de la sorpresa, pasó, y avanzó hacia mi lecho y comenzó, como de costumbre, á levantar la cubierta.

Entonces me levanté, y decidido á arriesgarlo todo, fui hacia ella con los brazos abiertos, vacilando como un hombre beodo, y diciéndole con todo el frenesí de mi loca pasión:

— ¡ Úrsula ! ¡ Úrsula ! ¡ cuán bella eres !

¿ Aguardaba ella aquel momento, ó fué realmente sorprendida ? siempre lo ignoré. Lo que sé únicamente es, que lanzó un débil grito, que dejó caer la luz, y que nos encontramos á oscuras.

— ¡ Oh padre mío, padre mío ! murmuró el enfermo, desde aquel instante comenzó mi vida criminal; desde aquel instante se apartó Dios de mí, y pertencí al demonio.

Volvió á caer el enfermo casi expirante en la almohada, y el dominico, temblando que se le escapase el resto de aquella confesión tan lenta, y tan tarda en llegar al punto que le interesaba, no vaciló esta vez en dar al moribundo

otra cucharada de aquel elixir, que ya le había dado fuerza para continuar.

Hizo Mr. Gérard un esfuerzo y continuó en estos términos :

CAPÍTULO VI.

LA POSESIÓN.

— Á partir de aquel día, ejerció Úrsula sobre todo mi ser una fascinación tal, que perdí poco á poco el imperio de mi mismo, y al cabo de algunas semanas le pertenecía en cuerpo y alma : gracias á aquella prodigiosa influencia conducida con prodigiosa destreza, me encontré poco á poco arrastrado á obedecerla, después de haber perdido, iba ya algún tiempo, la costumbre de mandarla.

¡ Aun si hubiese tenido conciencia de aquella ignominia ! ¡ si una sola vez me hubiese ocurrido la idea de romper las mallas de la red en que estaba envuelto ! Pero no, las mallas de la red me parecían de oro, y la certeza en que estaba de vivir en ella libremente, me quitaba hasta el deseo de huir de ella.

Así viví cerca de dos años en aquel baño, que siendo un corral, me parecía un palacio, en aquel infierno que me parecía un edén ; perdiendo poco á poco en las embriagueces en que me sumergía el amor de aquella mujer, cuanto el cielo había puesto en mí de pensamientos honrados, de virtuosos instintos.

Si hubiese visto adónde quería conducirme, tal vez me hubiera resistido ; pero avanzaba con la mano delante

los ojos, y perdida la conciencia del camino que llevaba y del objeto hacia el que se me arrastraba.

Tenia yo de vez en cuando, y como por instinto, algunos síntomas alarmantes, que me hacían lanzar como un grito de angustia, algunos restos de vergüenza que me hacían obrar, como si quisiera hacer objeciones, hijas de mi vergüenza misma; pero Ursula tenía consuelos irresistibles para estas pasajeras alarmas, narcóticos misteriosos para adormecer esos gritos de la conciencia.

Estaba, en una palabra, bajo aquel encanto poderoso, invencible, secreto, que sufrían, según dice la antigüedad, los desgraciados que caían en poder de la encantadora Circe.

Y es que en efecto, aquella mujer era una maga en el arte de amar; sabía hacer de sus caricias filtros embriagadores, en los que se encontraban fuerzas que sin cesar renacían. ¿De qué planta componía sus brebajes? ¿Qué palabra pronunciaba sobre ellos? ¿En qué día del mes, en qué hora de la noche, bajo la invocación de qué lujuriosa divinidad los preparaba? Eso es lo que ignoro; pero lo que sé, que los apuraba con delicia.

Y lo que en ello había de peligroso sobre todo es, que daba á mi esclavitud el exterior del poder: á mi debilidad la apariencia de la fuerza; gobernado por ella, era, aun á mis ojos, el hombre fuerte de voluntad propia.

Ese era su arte, su arte supremo el hacerme querer lo que ella quería, de modo que, aun cuando era ella la que en realidad mandaba, parecía obedecer.

Quando hube llegado á este punto, no queriendo hacerme sentir de repente un yugo, que un resto de dignidad humana sin duda me hubiera hecho sacudir, ensayé su poder en cosas sin importancia; tuvo caprichos exagerados

para la satisfacción de caprichos insignificantes. Pedía riendo, con aire de duda, presentando ella misma su petición como inaceptable y monstruosa, aparentando no comprender que pudiese yo satisfacer ciertos caprichos, condescender con ciertas exigencias, mientras que, gracias á las dudas de que iban rodeadas aquellas exigencias, aquellos caprichos, me parecían los más naturales del mundo, en vez de parecerme exorbitantes; en fin, una de sus tácticas, y no la menos hábil, era dar toda la importancia á la forma de la petición, á fin de aminorar la que en el fondo tuviese.

Aseguróse durante aquellos dos años de su poder de dominación sobre mí, y al cabo de los dos años, comenzó á sentirse absoluta señora de mi voluntad.

Algunas veces, sin embargo, sintiéndome poco á poco enlazado por la voluptuosa culebra, me preguntaba cuál era su objeto, y su objeto entonces me parecía el deseo de ser un día mi mujer; y debo decirlo, este pensamiento no me asustaba lo más mínimo. Pues ¿quién era yo para creermé más que ella? Un paisano de nuestras montañas, como ella una paisana de las mismas. Era más rico que ella, pero era una casualidad, un accidente, lo que me había hecho rico; pero ella era más hermosa que yo, y era Dios quien la había hecho más hermosa. Además, si yo llevaba en dote la fortuna, ¿no llevaba ella la felicidad, el placer, la voluptuosidad? la voluptuosidad, que había yo llegado á considerarla como el único objeto de la existencia, como el único bien de la creación.

En todo caso pues, era ella la que daba y yo el que recibía.

Desde que creí haber entrevisto el objeto de sus deseos, objeto que no me pareció exagerado, le abandoné la parte

pensadora de mi ser, lo mismo que le había abandonado la parte material.

Le referí los disgustos que me había causado mi primer matrimonio, disgustos en los que parecía que tomaba ella el más vivo interés; pero sin asir aún la ocasión para decirme, que otro matrimonio más feliz podía hacerlos olvidar.

Aquella abnegación me envalentonó: me amaba pues, y á mi solo, no á la fortuna que podía ofrecerle, no á la posición que podía darla. La hice entrar en mi vida entera, la puse al corriente de mis más caros intereses, la hice depositaria de mis más secretas esperanzas; no veía, no pensaba, no hablaba, no respiraba más que por ella.

Fui yo entonces quien la dejé sospechar; la hice comprender que podía pedírmelo todo; pero ella no pareció desear ni comprender lo que yo había creído objeto de su ambición.

Sin embargo, debía llegar un día en que ensayase su poder, en que ella manifestase enérgicamente su voluntad.

Llegó ese día.

Teníamos por jardinero un anciano, padre y abuelo de una docena de hijos y nietos, y que llevaba acaso treinta ó cuarenta años cultivando los jardines del castillo.

Al principio ignoraba yo qué motivos de resentimiento tendría Úrsula contra él; más tarde lo comprendí.

Comenzó por decirme mal de aquel pobre hombre, á quien todo el mundo amaba, excepto ella; en su opinión no había día que no le hiciese alguna observación desagradable, que no le diese alguna respuesta impertinente; al fin concluyó al cabo de una semana de quejas por pedirme que lo despidiese.

Parecióme la cosa tan injusta, que tenté resistir, obje-

tando que nadie tenía quejas de aquel hombre, y no había pretexto para despedirle; que por otra parte, había algo de inhumanidad en despedir á un viejo que llevaba en aquel cargo cuarenta años.

Insistió con una obstinación tan ajena á sus hábitos, que me sorprendió; pero reiterada mi negativa, fué á encerrarse en su habitación, de la que no salió en dos días, y en la que á pesar de mis ruegos y mis súplicas, no pude yo entrar en los mismos dos días.

Entonces, después de mil combates sostenidos contra mi mismo, no pudiendo resistir á una privación mayor de aquella que se había hecho tan necesaria para la parte material de mi vida, resolví cobardemente ir á verla por la noche y otorgarle lo que me había pedido.

— ¡Ah! sea enhorabuena, me dijo sencillamente sin darme gracias siquiera por el sacrificio que le hacía y sin aparentar que había conseguido una victoria.

Al día siguiente hice que advirtiesen al jardinero que fuese á ajustar la cuenta de sus salarios para dejar el castillo.

Al saber el pobre hombre aquella noticia, que de ninguna manera esperaba, cayó sobre un banco de césped murmurando:

— ¡Ah! ¡Dios mío! creía concluir aquí mis días.

Y rompió á llorar.

Los niños, que corrían en pos de las mariposas, vieron al viejo llorando y le preguntaron por qué lloraba. Los niños le amaban mucho; porque él les proporcionaba aquellas bellas orugas, cuyas metamorfosis les explicaba Mr. Sarranti; les cebaba los sedales cuando pescaban en el estanque grande, les daba las primeras fresas que maduraban, y los primeros frutos maduros de los árboles.

Los niños acudieron á decir á Mr. Sarranti que yo despedía á su buen amigo Vicente.

Mr. Sarranti fué por sí mismo á preguntar al viejo, y lo encontró sumido en una profunda desolación.

— Sólo se arroja así á los ladrones ó los malhechores, decía el pobre hombre, y yo nunca he robado ni he hecho daño á nadie.

En seguida añadía en voz baja : ¡ Oh ! ¡ moriré de vergüenza !

Mr. Sarranti creyó la cosa bastante grave para acercarse á mí, aun cuando habitualmente vivía completamente extraño á los pormenores de la casa. Con grande asombro suyo, di al asunto una gravedad que parecía no tener.

— ¡ Ah ! me dijo, si tenéis importantes razones para obrar así, hacéis bien, mi querido Mr. Gerard ; pero en ese caso esas razones es necesario decirlas en voz alta ; revelarlas públicamente. Vos que sois un hombre de juicio, no podéis aparecer un hombre de pasión ; vos que sois un hombre equitativo, no podéis aparecer un hombre injusto.

Y después de haber pronunciado estas palabras, creyendo que no había necesidad de decirme más, salió.

Tenia razón en pensarlo ; me vi con la conciencia turbada y el corazón lleno de remordimientos al sentirme pronto á cometer una injusticia tan notoria.

Subí, pues, al cuarto de Úrsula y le di parte de las observaciones que acababan de hacerseme, y de la vergüenza que experimentaba.

— ¡ Bueno ! dijo, creía que teníais una palabra ; no la tenéis, no hablemos más de ello.

— Pero, querida, la respondí, todo el mundo censurará el que por satisfacer uno de tus caprichos, haya cometido una acción tan mala.

— ¡ Quién os censurará, Mr. Sarranti ? ¡ Qué os importa la opinión de ese hombre, que viene en no se sabe de dónde, que anda en no se sabe qué complot ? Mirad, os lo he dicho cien veces : no tenéis energía y voluntad más que contra mí.

Una de las tácticas de Úrsula, era repetirme incesantemente que sufría el poder de todo el mundo, menos el de su voluntad.

Al cabo de un cuarto de hora, convencido de que ejecutaba un acto del más libre albedrío, fui yo mismo á entregar al jardinero la suma que se le debía, con más un mes de salario, invitándole á que dejase el castillo en el instante mismo.

Levantóse el pobre viejo, miróme un instante para saber si era yo en efecto quien le daba semejante orden, y con los ojos secos esta vez :

— Señor, dijo, tomando los salarios que se le debían, pero rechazando el mes de gratificación : ó he cometido una falta, ó estoy inocente. Si he cometido una falta, hacéis bien en despedirme, y no tengo derecho á indemnización alguna ; pero si soy inocente, vos sois quien obráis mal al exigir que yo parta, y ninguna indemnización puede compensarme del dolor que me causáis.

En seguida, volviéndome la espalda, me dijo :

— Adiós, señor, os arrepentiréis de vuestra mala acción.

Volví al castillo, y al volver oí al pobre hombre que murmuraba :

— ¡ Oh ! ¡ pobres niños míos !

— Vamos, dije á Úrsula, estáis obedecida.

— ¡ Yo ! ¡ Pues qué órdenes he dado ? preguntó.

— Habéis dado orden de que se despidiese al jardinero.